

y nueve mil piés sobre el nivel del mar, dejaba ver su resplandeciente cúspide coronada con su constante y lim-pida diadema de nieve. Los soldados españoles dirigian de vez en cuando la vista hácia aquel imponente coloso que, cual un centinela avanzado puesto sobre un punto culminante, vigilaba la entrada del rico país de Aná-huac, ostentando su blanco penacho sobre las oscilantes nubes que le servian de manto, sin que acertasen á creer que la reluciente aureola que ceñia sus sienes, fuese la nieve que resplandecia con los relucientes rayos del sol (1).

A medida que avanzaban en su marcha hácia Cempoala, el aspecto del país iba tomando un carácter mas risueño. A los áridos y calcinados arenales empezaron á suceder terrenos que presentaban alguna vegetacion, hasta que por fin se dejó descorrer á la vista un país fértil y pintoresco, cuyas frescas brisas, impregnadas del dulce aroma de las flores de los valles y de las aromáticas arboledas, iban á refrescar la abrasada frente de los fatigados castellanos. Reanimados con el agradable am-

(1) En la carta que el Ayuntamiento de Veracruz dirigió al emperador Carlos V, el 10 de Julio de 1519, le dice, hablando de la expresada montaña, lo siguiente: «Entre las cuales hay una que excede en mucha altura á todas las otras, y de ella se ve y descubre gran parte de la mar y de la tierra, y es tan alta, que si el dia no es bien claro no se puede divisar ni ver lo alto de ella, porque de la mitad arriba, está toda cubierta de nubes, y algunas veces, cuando hace muy claro dia, se ve por cima de las dichas nubes lo alto de ella, y está tan blanco que lo juzgamos por nieve, y aun los naturales de la tierra nos dicen que es nieve; mas porque no lo hemos bien visto, aunque hemos llegado muy cerca, y por ser esta region tan cálida, no lo afirmamos ser nieve.»

Los mejicanos llamaban á este volcan *Citlaltepeltl*, que significa *montaña estrellada*, acaso por el fuego que salió alguna vez de su cónica cima, perdiéndose en el espacio.

biente que neutralizaba la fuerza de los abrasantes rayos solares, llegaron á un profundo rio, cuya fuerte corriente hacia difícil su paso. Por fortuna habia en su orilla algunas canoas abandonadas por los indios, y el ejército llegó á cruzarlo, aunque con peligro y trabajo.

Entonces cambió completamente el escenario. Una verde alfombra de jugosa yerba, cubria en todas direcciones la pintoresca campiña. Frondosos bosques, bellas praderas y deliciosas florestas en que se veian correr liebres, conejos y venados en todas direcciones en prodigiosa abundancia, se descubrian por todas partes. Pedro de Alvarado, animado con la presencia de la estimada caza, que trajo á la memoria de los españoles los recuerdos de la patria, persiguió á caballo á uno de los ligeros venados, y aun llegó á herirle con su lanza, aunque no logró cogerlo por haberse metido el acosado animal en la espesura impenetrable del bosque. Aumentaban el atractivo de aquellas deliciosas arboledas y verdes selvas, la infinita variedad de apreciadas aves, en que figuraban el pavo silvestre de suave y delicada carne, los faisanes, las gallinas del campo, las tórtolas y las codornices.

En contraste con la animacion de la campiña estaba la soledad de los puntos habitados por el hombre. Los pueblos todos por donde atravesaban en su marcha, estaban abandonados; sus habitantes habian huido temerosos; y en sus templos hallaron los españoles incensarios con aromáticas resinas, manuscritos de papel de maguey que contenian las ceremonias y ritos expresados por medio de la *escrito-pintura*, piedras de sacrificio, cuchillos de cortante pedernal para abrir el pecho de las víctimas, altares

manchados de sangre, y hombres y niños sacrificados á los repugnantes ídolos que adoraban, y mutilados los brazos y las piernas destinados á los banquetes. Los españoles apartaron con horror la vista de estos sangrientos despojos de una inhumana religion; despojos conmovedores; «sacrificios, dice Bernal Diaz—que dende allí adelante en cada pueblo no hallaron otra cosa» y que formaban singular contraste con la poética belleza del risueño país que pisaban, y con la buena índole de sus hijos.

En la marcha á Cempoala llevaba Cortés varias miras de alta importancia para sus operaciones ulteriores. Ponerse en comunicacion con el señor de la provincia para informarse extensamente del estado que guardaban las cosas en el interior del país; indagar el poder del emperador Moctezuma; averiguar la marcha interior de los asuntos de su imperio; saber los recursos y riquezas que el país entero contaba; fundar una nueva villa en el puerto de la costa que Francisco de Montejo habia recomendado como sano, fértil y de buen fondeadero, y tener, en una palabra, el conocimiento de cuanto era conveniente á la realizacion del plan que en su mente habia concebido.

Llegada la noche, el corto ejército hizo alto en la Antigua; sitio desprovisto de toda provision, y en que los soldados trataron de no sentir la imperiosa necesidad de comer, entregándose al sueño, aunque vestidos y armados, y sin descuidar las necesarias centinelas para la seguridad del campamento.

Con la primera luz del nuevo dia, la gente se puso en marcha, teniendo á la vista constantemente el magnífico panorama que la bella naturaleza presentaba por todas par-

tes. Las aves cruzaban los aires, cantando alegremente; los venados y las liebres volvieron á dejarse ver en los bosques; solamente parecia desierta la tierra por séres humanos. Ni un hombre, ni una mujer, ni un niño, se descubria en la vasta campiña; y en las poblaciones, únicamente se encontraban los que habian sido sacrificados á las sangrientas deidades. De repente se dejaron ver, á lo lejos, doce indios de arrogante presencia, que marchaban al encuentro de los españoles en actitud de paz y de amistad. Eran vecinos del pueblo en que el ejército habia dormido, y que habian marchado á dar parte al cacique de Cempoala de la proximidad de los extranjeros. El cacique les ordenó que se dirigiesen al encuentro de los expedicionarios, diciéndoles que eran sus aliados y amigos, y ordenándoles que les enseñasen el camino que conducia á la ciudad en que residia. Los indios se presentaron á Cortés, manifestándole las instrucciones que habian recibido de su señor para enseñarles el camino mejor y mas corto de la poblacion en que les esperaba con impaciencia, y le presentaron, en su nombre, gallinas y pan de maíz para su mesa. La ciudad, residencia del señor de Cempoala, se hallaba aun, segun los mensajeros, á un dia de distancia. Llegó la noche, y la tropa se alojó en las chozas de un pueblecito de indios, donde sus guias les proporcionaron las provisiones necesarias. La marcha se continuó al siguiente dia por entrecampiñas fértiles, diestramente cultivadas, cubiertas de la vistosa planta del maíz, cuyas grandes y amarillas mazorcas remedaban racimos de granos de oro, pendientes de ramas de esmeralda (1). Los bosques que á un lado

(1) Prescott, hablando de las frutas que ostentaba la campiña, hace mención.  
Tomo II

y otro del camino se extendían enviando su benéfica sombra sobre la verde senda, dejaban ver entre sus frondosas ramas el hermoso guacamayo de pecho azul y verde, de cuerpo de plumas rojas, de anchas alas azules y cola escarlata, el parlante loro, el sonoro clarín de las selvas, y el canoro centzontli, que significa *infinitas voces*, rival del ruiseñor en la variedad de su canto (1).

El dulce trino de las aves; la espléndida belleza de los gigantescos árboles; el suave aroma de las flores, llevado en los pliegues de la apacible brisa; la multitud de pueblecillos semi-ocultos entre las verdes enramadas, como otros tantos nidos de palomas; el diáfano cielo siempre puro y azulado; el encantador conjunto, en fin, de aquel cuadro brotado de la mente de Dios en la plenitud de sus bondades, conmovió gratamente el varonil corazón de aquellos esforzados guerreros, inundándoles de superabundante felicidad, y haciéndoles prorrumper en exclamaciones y palabras de asombro y de alegría, que eran el poema abreviado de los dulces afectos del alma conmovida.

Aunque se marchaba por un país amigo, Hernán Cortés no descuidaba ninguna de las prevenciones que deben tenerse en campaña. Marchaban á distancia proporcionada, algunas partidas de descubierta, para evitar una emboscada ó avisar de cualquier peligro que pudiera amenazar. Al emprender la jornada, el jefe español despachó á seis de los mensajeros indios, anunciando al se-

ción de «racimos de purpúreas uvas». La uva no se daba ni aun se da en Cempoala.

(1) Prescott pone entre las aves que anidaban en los bosques de Cempoala al ruiseñor. Este pájaro no existe en ninguna provincia de Méjico ni aun hoy día.

ñor de Cempoala su visita, y se quedó con los otros seis para que sirviesen de guías.

A medida que las tropas se iban aproximando á la población, la campiña se manifestaba mas cuidadosamente cultivada, y bellos jardines y deliciosas huertas formaban los recreativos puntos que revelaban la hermosura que debía encerrar la capital.

Las elevadas torres de los templos se dejaron ver de repente á los ojos de los soldados españoles. Una legua solamente les faltaba ya para llegar á la residencia del cacique. Hombres y mujeres, movidos de curiosidad y manifestando en sus semblantes la bondad y el placer, se acercaban á ver á los extraños guerreros cuyas proezas habian escuchado referir, y que se dirigian á visitar al poderoso señor de la provincia.

Espléndida Cuando los soldados castellanos se encontraron próximos á la ciudad, salieron á recibirlos veinte distinguidos nobles, enviados por Cempoala á Cortés. el cacique, y acompañados de numerosos esclavos con delicadas frutas que presentaron á Cortés para que las tomasen, como refresco, los soldados. Eran frutas jugosas y de exquisito gusto, en que figuraban la aromática y sabrosa anona, la delicada piña, el gustoso zapote y las rojas y frescas ciruelas, diferentes, en un todo, de la ciruela de Europa; pero muy propias para mitigar la sed.

Cortés recibió el obsequio con manifestaciones de gratitud, y acompañado de los enviados del cacique, penetró en la populosa ciudad, rodeado de un inmenso pueblo que se agolpaba á conocer á los extraordinarios extranjeros. El precavido general español dispuso que el corto ejército

entrarse en forma de batalla, marchando por delante una descubierta de caballería, temiendo una traicion de sus habitantes. Las calles se encontraban literalmente apretadas de gente de todos sexos y edades, y en las ventanas de las casas y en la alta plazoleta de los *teocallis* se veian millares de personas que, no cabiendo en las plazas y en las puertas, se habian colocado en los puntos dominantes de los edificios.

Los soldados españoles marchaban llenos de regocijo por aquella recepcion amistosa, admirando la hermosura de la notable ciudad, con la cual no era comparable ninguna de las que hasta entonces habian visto en el Nuevo Mundo. Por todas partes se veian sencillos, pero agradables edificios embellecidos de preciosos jardines cubiertos de las variadas flores de que la naturaleza era pródiga en aquellos países. Era, dice Bernal Diaz, «un gran pueblo, y como no habíamos visto otro mayor, nos admiramos mucho de ello, y como estaba hecho un verjel, poblado de hombres y de mujeres que nos salian á ver, dábamos muchos loores á Dios, que tales tierras habíamos descubierto».

El entusiasmo de los expedicionarios crecia á medida que iban penetrando en el centro de la ciudad, á la que unos, por su grandeza, llamaban Sevilla, y otros, por su amenidad, Villaviciosa (1). Los finos mantos de algodón que los principales habitantes de la ciudad llevaban sobre los hombros, semejantes al albornoz morisco; las

(1) La ciudad de Cempoala que yo intitulé Sevilla.—Carta segunda de Cortés á Carlos V.

piedras preciosas y grandes anillos de oro y perlas que ostentaban en las orejas y el labio inferior; los brazaletes del mismo metal y los ricos collares que completaban el adorno de los grandes personajes, hicieron que concibiesen una idea fabulosa de las riquezas del país. Excitada la imaginacion de algunos ilusos por aquellas deslumbrantes apariencias, se imaginaban hallarse en una mansion aurífera, donde el oro y la plata se encontraban casi sobre la superficie de la tierra. Dominado por esa risueña preocupacion marchaba en la avanzada un soldado de caballería. Al penetrar en la plaza en que se hallaba el palacio del señor de Cempoala, la blancura y brillantez del edificio, bañado en aquel instante por los rayos del sol, le deslumbraron; y sin detenerse á examinar lo que hirió sus ojos, y ofuscado por la idea que embargaba su imaginacion, volvió á todo galope hácia donde se hallaba Hernan Cortés, diciéndole regocijado, que las paredes del palacio eran de plata. La credulidad del obcecado jinete dió motivo á la burla y risa de sus compañeros, que en lo sucesivo, siempre que se descubria algun edificio blanqueado, le zaherian diciéndole «que todo lo blanco le parecia plata». Lo que la preocupada fantasía le presentó como paredes de luciente plata, no era mas que las tersas paredes recientemente blanqueadas y bruñidas, que, bañadas por los rayos del sol, brillaban sin sombra alguna.

Pronto llegó á convencerse de su error, al entrar de nuevo con sus compatriotas en la plaza.

Era ésta espaciosa y rodeada de buenos edificios de cal y piedra, destacando entre ellos, por su capacidad y aseo, el palacio del jefe de la nacion. Aquel era el sitio princi-